

Cultura Material

*Por el doctor Herbert BALDUS.
São Paulo, Brasil. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología. Traducción del portugués por el licenciado Carlos H. Alba.*

ETNOLOGOS alemanes, americanos y otros, llaman cultura material “a la totalidad de bienes materiales que posee un pueblo para adornarse y vestirse, alimentarse y abrigarse, para poder luchar contra los enemigos y para traficar, para hacer música y tener diversiones, en resumen, todos los aspectos concretos de una cultura”, 2.73) o, con otras palabras, el conjunto de sus productos tangibles que pueden ser puestos o expuestos en el museo, ya sean atavíos y trajes, víveres y utensilios para obtenerlos, prepararlos y consumirlos, casa y muebles, armas, medios de transporte, instrumentos de música, máscaras, entretenimientos, etc., etc. Organización social, sistema económico, religión, derecho, ciencia, lengua y arte componen, entonces, lo que para esos científicos es la cultura espiritual o no material. Los franceses dicen “civilización material” en lugar de “cultura material”.

Para el etnólogo que se dedica, de preferencia, al estudio de las religiones, la cultura material puede aparecer, también, como “cultura externa”, (10, 1).

Ralph Linton 7,54) escribe: “Quizás ciertos sociólogos encuentren discutible que se incluyan los resultados materiales de la conducta entre los fenómenos abarcados por el concepto de cultura, pero esto ha sido admitido por el uso antropológico desde hace tanto tiempo como el término mismo de *cultura*. Los objetos que habitualmente han fabricado y utilizado

los miembros de una sociedad, siempre se han conocido colectivamente como su "cultura material", y se han considerado como "parte integrante de la configuración cultural".

Hay, pues, en la etnología (o sea, antropología cultural o antropología social) una corriente moderna; los llamados funcionalistas que concentran el interés sobre el funcionamiento de la cultura, estudiándola no como un mosaico de elementos fijos, sino como un todo dinámico en interacción continua con sus partes. Este concepto nos permite, en la opinión de los funcionalistas más intransigentes, la distinción entre cultura material y cultura neo-material. Hay aún personas que ligan al término "cultura material" la idea de "cosas inanimadas", en oposición a la "cultura espiritual". Así, pues, para el funcionalista toda la cultura es "espiritual" y vive. El mira una flecha, antes que todo, como expresión del espíritu de un grupo humano, procurando averiguar sus funciones ramificadas en diversas esferas de la cultura y, con eso, el papel desempeñado por el proyectil como integrante de ésta. El estudio de la flecha no debe limitarse a la descripción de la forma y del material del asta, punta y emplumado, ni a la explicación del modo por el cual es colocada en el arco antes de tirarla, indicándose exactamente la posición de los dedos. La flecha no solamente es un arma guerrera, sirviendo entre ciertas tribus del Brasil tanto para matar con la punta como para llevar materias incendiarias a las cabañas de los enemigos. 8,221.) También es arma de caza y pesca, siendo utilizada, además de eso, como artículo de permuta y medio de pago (cf. por ejemplo. 6, 264.) Fuera de esas funciones en la vida económica y en las relaciones inter e intra-tribales, también marca diferencias de grupos sociales, de manera que, por ejemplo, cada clan *bororo* usa para el emplumado "ciertas plumas de determinados pájaros" exclusivamente, 3,73) distinguiéndose su emplumado del de todos los otros clanes, y permitiendo, por ello, reconocer fácilmente al dueño de una flecha perdida. Pero entre las flechas de esos indios de la meseta oriental del Mato Grosso hay, aún, dos especies con finalidad particular. Cuando un *bororo* muere, un cazador que no pertenece al clan del fallecido es escogido para matar una onza y entregar el cadáver de la fiera a los parientes sobrevivientes, recibiendo de ellos, en recompensa, adornos, arco y flechas de aquellas dos especies, con los distintivos del clan del muerto. La muerte del felino es un modo de "ajustar cuentas" con un ser sobrenatural (cf. *ib.* 156-159), razón por la cual los padres Colbacchini y Albisetti (*ib.* 74), en su monografía, llaman "religiosas" a las flechas ofrecidas. Mientras que esos

proyectiles representan un medio de retribución, los vecinos orientales de los *bororo*, esto es, los *karajá*, tienen una flechita que sirve para matar directamente por magia; tiene poco más de veinte centímetros de largo y es lanzada con un pequeño arco contra los transeúntes y aquél en cuya dirección viene a caer la saeta debe morir irremediamente. (6, 334). También es mágica, en ciertas tribus, la relación de la flecha con el sexo femenino, por ejemplo, afirma Koslowsky (5, 384) de los *bororo* occidentales: "En ninguna circunstancia le es permitido a la mujer tocar la punta de las flechas, pues el indio cree que con su contacto pierden su fuerza de penetración y que les atraería desgracias." En la mitología aparece el motivo de la llamada "cadena de flecas" (Pfeilkette); los *guarayo* de Bolivia cuentan que los dos hijos del padre-primario tiraron flechas hacia arriba, clavándolas en la bóveda celesta; después tiraron otras flechas sobre las primeras y continuaron lanzando siempre una flecha en la otra hasta haber formado, de este modo, dos cadenas que llegaron a la tierra y por las cuales ellos subieron al cielo y se convirtieron en el sol y la luna. (4, 277.) Los *tapirapé* del Brasil central, en ciertas danzas, llevan verticalmente flechas en las manos, (1 fig. 27.) Muchas tribus sudamericanas brincan disparando flechas que, mediante uno o dos orificios, producen una especie de silbido. (9, 245). Pero los minúsculos arcos y flechas usados por los niños indios son algo más que simples juguetes, pues crecen de tamaño como los dueños hasta alcanzar, en su adolescencia, el tamaño de los arcos y flechas normales, y sirven para cazar primeramente, una hoja arrastrada por el viento o una mariposa, más tarde un ratón o un pájarrillo, y, por último, los grandes animales.

Sería fácil prolongar la enumeración de datos que demuestran las relaciones de un objeto tangible, como la flecha, con la vida económica y social, la educación, la religión y otras esferas de la llamada cultura espiritual. Se pone de manifiesto así el enlazamiento de todas las esferas culturales que dificulta su división en "cultura no-material" y "cultura material". Si a pesar de eso continuamos usando este último término, lo hacemos a causa de su experimentada utilidad que se revela en estudios no exclusivamente funcionalistas. Encuentro, también, que no hay definición más corta y más clara de la palabra "ergología" que la que la explica como formando la parte de la etnología que trata de la cultura material.

Ya Ralph Linton, (7, 54-55) refiriéndose a los elementos de la cultura material, llamó la atención hacia el problema que "consiste en saber

si los objetos deben considerarse en sí mismos como parte de la cultura o si el contenido de la configuración cultural debería limitarse a los elementos psicológicos a que corresponden los objetos. En otras palabras, ¿se incluiría el hacha o solamente las ideas que comparten los miembros de una sociedad acerca de cómo deba ser una hacha y qué cualidades haya de tener?" Y continúa: "La inclusión de los objetos materiales complica la labor de aquellos investigadores que tratan de utilizar el consejo de cultura con ciertos propósitos; pero para quienes se ocupan del estudio de la personalidad, la eliminación de la cultura material constituiría una verdadera pérdida y no una ganancia. El medio ambiente en que todo individuo se desarrolla y actúa, comprende siempre una gran variedad de objetos fabricados por el hombre, pudiendo ser considerable el efecto del contacto con ellos, en relación con el desenvolvimiento de la personalidad. Por consiguiente, este aspecto de la totalidad del medio ambiente puede actuar ora estimulando, ora inhibiendo el desarrollo de la destreza manual, o aún el de aspectos fundamentales, como las actitudes tan comunes de la timidez o la confianza en sí mismo. La primera experiencia de un niño que se cría en una casa llena de objetos frágiles será totalmente diferente de la del que se cría donde no hay nada que se pueda dañar ni dañarle. Incluso la costumbre de sentarse en silla y acostarse en cama supone toda una serie de riesgos infantiles que faltan por completo en una sociedad cuyos miembros lo hacen en el suelo."

También Richard Thurnwald (12, 12-13) trata la importancia de la cultura material para la psicología y, con ello, para la etnología en general, pues escribe: "En el estudio de las culturas es preciso considerar el grado de las habilidades y conocimientos para dominar el ambiente, y, en la apreciación de los pueblos, debemos ver, en particular, los inventos hechos, probablemente, por el pueblo en estudio, a fin de que se adapte a un nuevo ambiente, esto es, para establecer nueva y adecuada relación con el medio, (como por ejemplo, entre los *maori* la utilización del lino nativo de Nueva Zelanda para la fabricación de vestidos que protegen contra el frío). Eso me parece más importante para valorar las facultades mentales que los mitos y leyendas que con frecuencia son recibidas fuera, interpretando, bajo condiciones muy desiguales, las conexiones del mundo."

Así, las cosas aparentemente muertas que conservamos en las vitrinas de los museos etnológicos y que, para la mayor parte del público visitante no pasan de curiosidades más o menos pintorescas, pueden servir para

señalar como precipitadas una serie de eruditas afirmaciones sobre el supuesto abismo divisorio entre nuestro pensamiento cotidiano y el de los llamados “primitivos”. Esos objetos demuestran que, para su fabricación, era preciso conocer la relación que une la causa a su efecto, esto es, era imposible ser irracional. Además, hay en ciertos museos, colecciones de numerosos ejemplares del mismo elemento cultural traídos al mismo tiempo de la misma tribu, por ejemplo, muchos cazos o cestos del mismo tipo que ponen de manifiesto por su variedad, la diferenciación individual de los distintos productores, refutando la hipótesis, aun sustentada por algunos sociólogos y psicólogos con orientación casi evolucionista, según la cual los componentes de un pueblo natural son, psíquicamente, una masa homogénea. Por tanto, los especímenes de la cultura material reunidos en un museo etnológico, pueden contribuir para probar que la psique de los pueblos naturales no difiere de la nuestra en esencia, sino solamente en la medida en que está relacionada con la posesión de medios técnicos y conocimientos para dominar la naturaleza a su alrededor. Un astrónomo provisto de instrumentos modernos no mira el universo con los sentimientos y pensamientos del indio de la Amazonia o del pigmeo del Africa central, y se asemeja a ellos de manera sorprendente como individuo social, en el sentido aristotélico del *zoon politikon*.

Conviene recordar que el estudio comparativo de la cultura material de los diversos pueblos, contribuyó hasta hace poco, con muchos más datos positivos para el desenvolvimiento de la etnología, que la investigación análoga de la cultura no material. Es sabido que la formación de la etnología como disciplina científica, en la segunda mitad del siglo XIX, fué apadrinada por el evolucionismo. Las colecciones prehistóricas y etnográficas de los museos, que evidenciaban diferencias en el grado de dominar la naturaleza, representaban naturalmente, documentación más precisa y numerosa para los adeptos de esa teoría, que todos los tratados sobre fenómenos sociales y religiosos. Este hecho influyó poderosamente en la fundación y en el rápido crecimiento de los museos etnológicos. Adolf Bastian, considerado como el padre de la etnología moderna, fué el padre también del Museo de Berlín, organizándolo y enriqueciéndolo constantemente por sus viajes a las diferentes partes del mundo. La mentalidad de aquel tiempo está caracterizada por las siguientes frases de Karl von den Steinen: (11, 328) “La imagen de tiempos pasados conservada en nuestros museos etnológicos, no pasa de ser, al final de cuentas, un amontonamiento miserable, estando la vida de un pueblo entero ence-

rrada dentro de una única vitrina. Pero no habiendo cosa mejor, esos trapos multicolores y esos instrumentos estrambóticos mostrarán a las generaciones venideras la evolución de la humanidad. Así, los que parecen trastos viejos adquirirán, poco a poco, el valor de documentos inestimables. Cuando más reducido se vuelva el número de esas reliquias, más grave será nuestro deber de coleccionarlas devotamente. ¿Qué no podrá reunir un museo etnológico fundado pocos decenios atrás, además de antigüedades rarísimas o productos de arte popular? ¿Dónde si no en ese vasto mundo, muy estrecho entonces, aquel museo podría entrar en relaciones con hombres vivos que representan los conceptos y costumbres de los tiempos más remotos? Día vendrá en que un hacha de piedra se pagará a precio de oro, como si fuese un diseño de Leonardo da Vinci...

El exagerado contenido de esta última frase, resalta por el hecho de que el número de hachas de piedra halladas, llega ya a millares y aumenta constantemente, lo que no se puede decir acerca de los diseños del gran italiano. Pero exaltaciones de este género llevaron a los investigadores, desde el siglo pasado hasta hace poco, a visitar rápidamente el mayor número posible de tribus a fin de "salvar" el material amenazado de extinción. Es claro que los viajeros se limitaron principalmente a reunir colecciones para los museos, pues con tanta prisa era difícil penetrar en la cultura espiritual. Esta actitud, pues, está cambiando en la medida en que la intensificación de los contactos inter-étnicos, desde la primera guerra mundial, llama la atención hacia los problemas de la aculturación. Hoy es también interesante para el etnólogo del museo estudiar y mostrar al público fenómenos resultantes del contacto de culturas diferentes, por ejemplo, la modificación de la idea de cómo debe ser una flecha, si ésta ha sido fabricada con menos esmero que antiguamente o si la punta de madera ha sido substituida por una de fierro. Esto quiere decir que hoy la etnología nomás tiene por fin principal que el dilucidar el pasado de la humanidad, pero procura con todos los medios, comprender mejor a los hombres actuales. No sigue el ejemplo de los evolucionistas esforzándose por hallar el origen de los fenómenos culturales, esto es, el origen del fuego, del arco y la flecha, del número dos, de conceptos religiosos, etc. Investiga la adaptación de los pueblos a las condiciones de la vida, a esas condiciones que cambian incesantemente. Y no se contenta con averiguar la distribución de los elementos culturales sobre la tierra a fin de poder dar la historia de los movimientos de las culturas en el

espacio. Ve también los movimientos dentro de cada una de las culturas. Aún para este punto de vista el estadio comparativo de la cultura material proporciona importantes datos.

En resumen, podemos decir que no sólo la cultura espiritual o no material, sino también la cultura material expuesta, por ejemplo, en las vitrinas del museo, muestra las múltiples posibilidades del género humano y, con ello, la riqueza de su alma.

B I B L I O G R A F I A

1. BALDUS, Herbert. *Ensaio de Etnologia Brasileira*. S. Paulo, 1937.
2. BALDUS, Herbert y WILLEMS, Emilio. *Diccionario de Etnologia e Sociologia*. S. Paulo, 1939.
3. COLBACCHINI, P. Antonio y ALBISETTI, P. César. *Os boróros Orientais*. S. Paulo, 1942.
4. KOCH-GRUNBER, Theodor. *Vom Roroima zum Orinoco*, II, 2. Auflage, Stuttgart, 1924.
5. KOSLOWSK, Julio. *Algunos datos sobre los Indios Bororós*. (Revista del Museo de La Plata, VI). La Plata, 1895.
6. KRAUSE, Fritz. *In den Wildnissen Brasiliens*. Leipzig, 1911.
7. LINTON, Ralph. *Cultura y Personalidad*. Versión española de Javier Romero, México, 1945.
8. NORDENSKIÖLD, Erland. *Palisades and "Noxious Gases" among the South-American Indians* (Ymer 38.) Stockholm, 1918.
9. ———. *Modifications in Indian Culture through inventions and loans*. Comparative ethnographical studies, 8. Göteborg, 1930.
10. PREUSS, Kth. *Die geistige Kultur der Naturvölker*. Leipzig, 1914.
11. STEINEN, Karl von den. *Durch Central-Brasilien*. Leipzig, 1886.
12. THURNWALD, R. *Der kulturelle Hintergrund primitiven Denkens*. "XIe Congrès International de Psychologie." París, 1937. (Saparata).